

**Señor, envía tu espíritu sobre nosotros para que no sea yo, si no tu Espíritu Santo el que se dirija a los corazones de todos los aquí presentes, Amén.**

SALUDA:

Ilustre Hermandad Sacramental Santa Vera Cruz, Santísimo Cristo de la Humildad y María santísima de los Dolores, Señor Cura Párroco, Hermano Mayor y Junta de Gobierno, autoridades, queridos cofrades, hermanos y distinguido público asistente.  
Con vuestra licencia, querido Señor de la Humildad.

He querido reproducir literalmente la presentación que proclamó mi padre en este santo templo en el pregón que pronunció en el año 2015, como mi pequeño homenaje a mis padres, que me inculcaron las verdades de la Fe desde muy pequeño. Y que se ha visto enriquecida por multitud de personas que han pasado y siguen pasando en mi caminar por la vida, esos Santos de andar por casa, que diría Santa Teresa. A todos aquellos que ya no están con nosotros, el mismo Jesús se lo estará recompensando y a los que todavía nos acompañan, gracias a Dios, ya les transmito yo personalmente mi sincero agradecimiento.

Gracias Tomasi por las palabras que me has dedicado, mientras intervenías, venían a mi memoria recuerdos de aquellos días, ya lejanos en el tiempo, en los que compartíamos aula en el colegio. Uno se siente orgulloso de todo lo que de bueno ha realizado en su vida y de todas las gracias que han sido derramadas sobre mi persona y le pide al Señor que tenga paciencia para con su siervo y le perdone por todo aquello que, por el motivo que fuera, se quedó sin hacer y le pido que nos concedas a todos nosotros para que, al atardecer de nuestras vidas, no nos presentemos ante ti con las manos vacías, antes bien, llenas de buenas obras.

SANTÍSIMA VIRGEN DE LOS DOLORES, madre de Dios Hijo, gracias por tu "Sí" al ángel Gabriel, gracias por tu sí incondicional al cumplimiento de la voluntad del padre, con el que permitiste que todo un Dios se hiciera hombre, naciendo en un humilde pesebre y que acampara entre nosotros, abriéndonos las puertas de la salvación.  
Virgen de los Dolores, haz que todos los higuereños y todo el mundo, conozca la voluntad del padre para cada uno de nosotros y ayúdanos a cumplirla.

En los primeros días del año en curso, recibí la llamada del Sr. Mayordomo de nuestra querida hermandad invitándome a ser el pregonero de la presente Semana Santa que iniciamos. Es para mí un orgullo el ser designado y una responsabilidad el aceptar dicho nombramiento, ya que me siento indigno de ello, al comprobar la calidad intelectual y sobre todo humana de todos aquellos que me han precedido. No obstante, viniendo la petición de nuestra querida hermandad, siendo igual que si viene directamente de nuestro Señor, no se puede rechazar, antes bien, se acepta con profundo agradecimiento y confianza, sabiendo que siempre, siempre; se recibe más de lo que se da y que si uno se siente torpe para poder transmitir los sentimientos que le produce nuestra querida hermandad y nuestro querido pueblo, pedimos que sea él mismo, nuestro Señor, quien lo transmita.

En mi intervención haré un recorrido, acompañado por la Santísima Virgen de los Dolores, por la Semana grande de Pasión y Gloria vivida en Higuera la Real.

Pero antes de comenzar quiero expresar mi profundo agradecimiento a nuestro Jesús de la Humildad por la familia que me ha concedido, la compañera del viaje de mi vida que él mismo me buscó, mi mujer Soco y los hijos con los que ha bendecido nuestro matrimonio, Jaime y Sara.

Yo siempre digo que en la vida he recibido muchas gracias, porque mis padres me dan dos vueltas y mis hijos tienen potencial para darme otras dos.

SANTÍSIMA VIRGEN DE LOS DOLORES, bendice a todas las familias de este pueblo, protégelas, presévalas en la salud y guíalas por el camino de la vida, haz que todas ellas conozcan a tu hijo. Señor Jesús, hazte el encontradizo con todos aquellos hijos de este pueblo que recorren su propio camino, como así hiciste con Cleofás y el otro discípulo cuando se dirigían a la aldea de Emaús. “Mientras hablaban y se hacían preguntas Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos estaban ofuscados y no eran capaces de reconocerlo”. “Cuando estaba sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se le abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Jesús desapareció de su lado. Y se dijeron uno a otro: ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras? (Lc 24 13-35).

Nací hace ya 55 años, siendo el segundo de seis hermanos. En nuestra casa siempre ha habido mucho jaleo, jugábamos, nos peleábamos... las preocupaciones se las reservaban mis padres, teniendo una infancia muy feliz. En la retina aún permanecen recuerdos de los primeros años de vida en nuestro pueblo, son años de despreocupación y de juegos, cada vez que se salía por la puerta de casa era una aventura con primos y amigos. Gracias a Dios somos una familia numerosa y eso hace que siempre estés rodeado de mucha gente.

Pasábamos muchas horas en la plaza, alrededor del balón, jugando partidos que, para nosotros, algunos eran épicos. U otros juegos de la época, las puertas, los boliches, los repiones que jugábamos a la sombra de los grandes árboles que tenía y que abandonábamos precipitadamente si se estaba celebrando un bautizo, para ir al "pelón", donde los padres y padrinos tiraban unas monedillas que, rápidamente administrábamos, en el kiosco de golosinas.

Al atardecer, mientras jugábamos despreocupados no le dabas importancia al constante paso lento de los hombres de campo que regresaban a sus hogares con sus burros y mulas, buscando un descanso. Hasta que un buen día, te percatas de que ya no pasa ninguno, han desaparecido al igual que iba desapareciendo la fisonomía original del pueblo.

Nuestros padres siempre nos han transmitido su devoción a Nuestro Señor de la Humildad y a la Santísima Virgen. Organizaron varias peregrinaciones de agradecimiento al Santuario de Fátima, en Portugal. De algunos viajes no tengo recuerdos, pero si del último de ellos, ya que íbamos 9 vidas en el coche, en un turismo de los de antes.

No podría precisar exactamente cuándo fue la primera vez que oí hablar de la Hermandad de nuestro Señor de la Humildad, pero seguro que era muy pequeño, quizás cuando mi padre tuvo el honor de ser mayordomo en el año 1975. Aquello amplió mi abanico de actividades, colaboraba en la construcción de las carrozas de la Hermandad para la cabalgata, hacíamos de camarero en el ramo del Señor en las fiestas patronales, colaboraba junto a mi primo en el petitorio que se realizaba los primeros días de agosto, creo que a la hora que más calor hacía, gracias a ello, visitaba algunas de las calles más lejanas a nuestra casa y que no volvía a pisar, hasta la próxima Cabalgata de Reyes. Recuerdo un señor mayor, persona dedicada al campo, creo que tenía un portalón frente a la ermita de Ntra. Sra. del Socorro, que quiso donar un costal de trigo para la

Hermandad y mi padre le indicó que las donaciones eran ya en metálico, aquello me hizo pensar que también en la hermandad las cosas iban cambiando. Por las fiestas patronales el Padre Predicador, que procedía de fuera, solía comer en casa y recuerdo un día, con el barullo de nosotros de niños con los amigos, entrando y saliendo de decir, por favor, cerrad las puertas.

Anualmente, la Santa Iglesia nos convoca a un tiempo de penitencia y de renovación interior para preparar la Pascua del Señor, con el inicio de la Cuaresma, el Miércoles de Ceniza, con el sencillo gesto de la imposición de la ceniza sobre nuestra frente mientras nos recuerda las palabras del Génesis: “Memento homo, quia pulvis es... Acuérdate, hombre, de que eres polvo y en polvo te has de convertir.” Quiere el Señor que nos despeguemos de las cosas de la tierra para volvernos a Él, como dice el Salmo: “Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa.” (Salmo 51), invitándonos a la Confesión sacramental y marcándonos el camino con el ayuno, la oración y la limosna. Esto nos permitirá nacer de nuevo, como el mismo Jesús dijo: “Quien no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios”.

En estos cuarenta días, con el desprendimiento de lo material, la mortificación y la abstinencia, se purifican nuestros pecados y nos ayudan a encontrar al Señor en nuestro quehacer ordinario. Al igual que los cuarenta días en los que el Espíritu empujó a Jesús al desierto, siendo tentado por Satanás y también los cuarenta años prefigurados en el Antiguo Testamento, donde el pueblo de Israel estuvo vagando por el desierto hasta entrar en la Tierra Prometida, éstos nos preparan interiormente para alcanzar la gloria de la noche pascual.

¡Semana Santa!

Que alegría transmite el repicar de las campanas en el Domingo de Ramos acompañado con los cánticos del salmo: “Vamos a la casa del Señor, Nuestros pies ya pisan tus umbrales, Jerusalén. (Salmo 122).

Con la sencilla procesión de un templo a otro iniciamos con alegría la semana grande para los cristianos. Cuando niño, intentábamos coger la rama de olivo más grande, compitiendo unos con otros ya que las hojas de palmas se reservaban a los portadores del palio.

En la celebración litúrgica del día se nos proclama la pasión de Nuestro Señor con toda su crueldad. En unos días comprobaremos cómo los judíos intercambiaron el “Hosanna” por el “Crucifícalo”.

Lo ocurrido en aquellos días de la celebración de la Pascua judía que conmemoramos anualmente, sobrepasa todas las coordenadas del espacio y del tiempo, al abrir, para siempre, un camino entre el cielo y la tierra.

El Hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, caído por el pecado de Adán, tuvo que ser rescatado por el mismo Dios a un alto precio.

Todos nosotros hemos sido rescatados a un alto precio. Aquél que pasó haciendo el bien, convirtiendo el agua en vino, curando enfermos, perdonando pecados, echando demonios...ahora iba a entregar su vida voluntariamente por todos.

Con las primeras luces del crepúsculo matutino del Jueves Santo, los cristianos sabemos que estamos ante uno de los jueves que brillan más que el sol.

Nuestra condición imperfecta nos impulsa a acercarnos al sacramento del Perdón, si es que no los hemos recibido aún, para que el propio Jesús lave nuestros pies que se han ido ensuciando en nuestro caminar cotidiano y nos aporte la dignidad necesaria para celebrar los actos litúrgicos del día.

Dice el Señor: "Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros, como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos". (Juan 15 12-13)

**SANTÍSIMA VIRGEN DE LOS DOLORES:** enséñanos a todos los hijos de Higuera a amarnos como tu hijo nos amó. Destierra de nuestros corazones los egoísmos y miserias que nos lastran como una pesada carga que nos impide avanzar hacia la luz. Haznos generosos. "La mies es abundante, pero los obreros pocos" (Lc 10 1-2). Infunde en el corazón de los jóvenes de este pueblo al servicio a los demás, al sacerdocio y a la vida consagrada. Jesús danos el gozo de tener siempre un sacerdote higuereño entre tus ministros, cabecilla de todos nosotros, como así los tenemos en el día de hoy. Bendícelos y hazlos santos e irreprochables ante ti, para que sean buenos pastores de éste, tu pueblo.

En las celebraciones litúrgicas de Semana Santa Don Antonio, el cura, nos reclutaba para que participáramos de "escolanos"; lo hacíamos con seriedad, pero con esa alegría propia de la edad juvenil. El Jueves Santo nos lavaban los pies, por lo que íbamos avisados de que nos presentáramos bien aseados, ya había tenido algún desagradable episodio unos años antes. Conforme íbamos creciendo se nos asignaban nuevas tareas, uno llevaba la jarra, el más fuerte la palangana. No sé cómo lo hacían, pero siempre, los monaguillos eran los más traviosos del pueblo y aprendíamos mucho de ellos. Ahora sí, cuando nos tocaba en los turnos de vela, éramos todo seriedad y respeto sabiendo que estábamos delante del mismo Dios.

En esta noche santa, Señor, en la que te ibas, a su vez, te quedabas para siempre con nosotros en las especies del pan y el vino. Cómo debía arder tu corazón de Amor con tus discípulos, cuando te estabas donando tú mismo, sin que ellos lo entendieran en ese momento. Jesús dijo "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día".

No hay un gesto de cariño más bonito entre los seres humanos que un beso. "Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre? (Lc 22,48). Y tuvo que ser precisamente con un beso, para más humillación, con el que te entregaron a los poderosos de la época que decían: "es preferible que muera un solo hombre por el pueblo que toda la nación sea destruida" (Jn 11,50). Cuando tú lo que venías era, a regalarnos la vida Eterna.

"Y os despojaron de vuestras vestiduras y os cubrieron los ojos...E inmediatamente aquellos soldados romanos comenzaron a abofetearos y a llenaros de salivazos. Golpes llovieron contra vuestro delicado cuerpo, de repente aquella corona de espinas os la incrustaron, mutilando vuestra cabeza y para completar la mofa a vuestra condición de rey, os dieron un cetro: una vulgar caña que colocaron en vuestras sagradas manos."

"Os ataron a la columna, ¡Cómo os flageló aquella gente!, no quedó lugar alguno en vuestro maravilloso cuerpo que no quedara destrozado bajo los golpes de los látigos. Otro cuerpo humano hubiese muerto con menos golpes. Huesos y costillas podían verse, ¡Cuanta furia desatada contra el Hombre-Dios!"

Tanto padecimiento soportado voluntariamente por nuestra salvación, y en el huerto de los olivos, los discípulos que te acompañaron, no pudieron estar en vela ni siquiera una hora.

Y Pilatos lo presentó: “Ecce Hommo”, he aquí al Hombre. Sí, es cierto, sin saberlo ante él estaba el verdadero HOMBRE: alfa y omega, principio y fin, Hombre y Dios, el hombre que venía a redimir a los herederos del antiguo hombre Adán, caído por el pecado.

En un acto vergonzoso de lavarse las manos lo entregó a la turba para que lo crucificasen. Qué diferencia entre el lavado de manos de Pilatos para desentenderse y el lavado de pies de Jesús para comprometerse, hasta entregar su vida por los demás.

Este Jesús destrozado físicamente es el que acompañamos en la procesión del Jueves Santo hasta el Calvario. Qué puede aportar un humilde nazareno, costalero o fiel cristiano, si no es acompañarlo con un prolongado silencio de respeto, intentando aliviar los escupitajos, insultos y golpes que sufristeis aquella noche, sabiendo que “más os dolía la ingratitud de los hombres, que los golpes que os infligían, pues, era precisamente por ellos y por todo el género humano que llevabais aquella cruz sobre vuestros hombros destrozados.”

♪ Y condenado a muerte iniciaste tu particular Vía Crucis por las calles de nuestro pueblo hasta el Calvario. El Cireneo, obligado por los romanos, te ayudó Jesús en tu recorrido y ahora son nuestros hermanos voluntarios, los costaleros, los que te ayudan a soportar el peso de la cruz. ¡Adelante costalero!, levantadlo, que Jesús ha caído con la cruz por segunda vez, que es grande el peso del madero.

Y en aquella esquina, parece como si consolaras a las hijas de Jerusalén, que ahora son las hijas de Higuera la Real, diciéndoles: “no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras y vuestros hijos”, “porque si esto hacen con el leño verde, ¿Qué harán con el seco?” (Lc 23, 28-30).

Y en aquella otra calle Jesús cae por tercera vez, pero ahí están de nuevo los costaleros, para levantarte cuantas veces sea necesario. Porque ellos, al igual que tú Jesús, tienen destrozados sus hombros por el peso y cuanto más agotados estén, más alta será la “levantá”. Saben que no están solos, ahora todos somos costaleros y queremos ayudarte, Jesús, para que cargues con nuestras propias cruces, que nosotros solos no podemos.

Y representadas por la Verónica se acercan las jóvenes de Higuera para limpiar tu rostro ensangrentado. ♪

SANTÍSIMA VIRGEN DE LOS DOLORES: Cuántas lágrimas derramaste cuando te encontraste con tu hijo Jesús con la cruz a cuestas, camino del Calvario. Y cuántas lágrimas derramamos los padres por nuestros hijos cuando los vemos sufrir, o tienen que abandonar su hogar para trabajar o formarse lejos.

Con el traslado del cuerpo sacramentado de Cristo al Monumento para su custodia, todos los vecinos de Higuera queremos acompañarlo con nuestra humilde presencia, para reconfortarlo de aquella soledad que sufriste cuando, ni siquiera tu apóstol Pedro, sobre el que “edificarías tu Iglesia”, se mantuvo a tu lado, negándote hasta tres veces.

Siguiendo las estaciones del Vía Crucis nos adentramos en la celebración de los oficios del Viernes Santo, que siempre han sido más sobrios, no se celebra la Eucaristía, Jesús está muerto.

“¡Oh dueño de nuestra Existencia!, Tú que siendo el Creador del Universo, del Cielo y de la Tierra, de Ángeles y Hombre a quién nada puede abarcar ni limitar, y que todo lo envolvéis y sostenéis con vuestro amoroso poder, sin embargo os dejasteis matar por Vuestra Obra Maestra, el Hombre, para justificarlo ante ti mismo.”

“Jesús, que os dejasteis suspender en la Cruz para que con vuestras heridas, las nuestras fueran curadas. Desde la cabeza a los pies erais todo llaga, todo dolor, todo sufrimiento y aun así llegasteis, para sorpresa de vuestros verdugos a suplicar a vuestro Padre Eterno, Perdón para ellos, diciéndole: ¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!. Y para colmo de vuestro inmenso amor a nosotros nos hiciste aquel precioso regalo: ¡Nos diste a María como Madre!, solo tuvisteis que decir a María “mujer, aquí tienes a tu hijo”, y a Juan “aquí tienes a tu madre.””

Jesús, cuánto sufrimiento por nosotros y cuántos días hemos dejado pasar sin orar ni cinco minutos, siendo indiferentes, ocupados con las cosas de aquí abajo.



“Al llegar el mediodía, toda la región quedó sumida en tinieblas hasta las tres. Y a eso de las tres gritó Jesús con fuerte voz:

- Eloí, Eloí, ¿lemá sabaktaní?

Que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado.?” (Mc 15, 33-34)

“El sol se oscureció, y el velo del templo se rasgó por medio. Entonces Jesús lanzó un grito y dijo.

- Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

Y dicho esto, expiró. El centurión, viendo lo sucedido, alababa a Dios diciendo:

- Verdaderamente este hombre era justo.” (Lc, 23 45-47)

“Vuestro cuerpo estaba despedazado, vuestro corazón destrozado, pero vuestras entrañas de Misericordia quedaron abiertas para redimirnos, así Expiraste. ¡Oh, Amor infinito!”

Jesús, te buscábamos Transfigurado en el monte Tabor y te encontramos Crucificado en el monte Gólgota.

En la celebración de los Oficios del Viernes Santo, toda la Iglesia enmudece, solo se oye el llamamiento del Sacerdote a “mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo”, al que respondemos adorándolo con un muy sentido gesto de agradecimiento al Salvador.

Con la adoración de la Santa Cruz hacemos una reverencia a ese gran misterio, el del sufrimiento. Dios Padre aceptó el sacrificio perfecto de su único hijo Jesucristo como salvación de todos los hombres. Nadie queda indiferente cuando contempla la imagen de Jesús crucificado. El que no tiene pecado, se carga con todos nuestros pecados.

En la procesión del Viernes Santo, es el propio crucificado el que se acerca a nosotros para que lo contemplemos, enseñándonos a todos cual es el camino, ya nos lo anticipó cuando nos dijo: “el que no coge su cruz y me sigue, no es digno de mí.”

El contemplar la imagen de Jesús crucificado y de su madre María, conmueve a cualquier persona que lo observe. Las imágenes resaltan en la oscuridad de la noche, precedidas por las iluminarias de los nazarenos, creando un clima de absoluto recogimiento y respeto, acompañado por los acordes de la marcha procesional y por

el paso firme y al unísono de los costaleros, obedeciendo las indicaciones del capataz.

El paso de la imagen de Jesús crucificado por todas las calles de nuestro pueblo, es una presente intercesión de su hijo por todos nosotros pecadores, con un constante ¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.!

Tengo la dicha de haber procesionado como nazareno muchas veces, con cuatro añitos ya salí en alguna de las procesiones, con un cirio simulado que me hizo mi padre con una luz a pilas. Iba de la mano de otro nazareno mayor y acabé la procesión en brazos del señor municipal, ya que no estaba acostumbrado a andar tanto. En nuestra casa hay varias túnicas, de distintos tamaños. Conforme vas creciendo utilizas una mayor y se la pasas a la que viene detrás. Mi padre siempre decía que no se quedara ninguna túnica sin salir. La estación de penitencia, aunque supone un esfuerzo, te reconforta mucho más. El poder acompañar a las imágenes formando parte de la comitiva, te transmite un gozo interno muy grande, que se acrecienta cuando tienes de compañero nazareno a uno de tus propios hijos.

Recuerdo de joven, un año, recién salida la procesión, quizás alcanzando la plaza, se puso a llover fuerte y las filas de dispersaron. Los amigos, que íbamos de nazarenos, amagamos también en salir corriendo, cuando vino nuestro querido José, el sacristán, diciendo: “los nazarenos no se mueven de su sitio, os quedáis aquí haciendo penitencia, a la Virgen no se le deja sola”. Estas palabras nos penetraron hasta el alma y allí permanecimos todos, ya podía caer el diluvio, que no nos moveríamos ninguno.

Una vez Jesús ha fallecido, nuestra madre María se ha quedado sola. Recorre de nuevo los pasos del camino del Calvario sin la compañía de su hijo. Es por ello que todo el pueblo quiere acompañarla con velas y con un silencio respetuoso.

Santísima Virgen de los Dolores, cuya alma ha sido atravesada por la espada de dolor de ver morir a tu hijo y que te unes a su sufrimiento por la salvación de la humanidad, en esta noche silenciosa toda Higuera la Real quiere mostrarte su cariño.

♪ SANTÍSIMA VIRGEN DE LA SOLEDAD, que recorres en silencio las calles de nuestro pueblo, acompañada únicamente por las luces que los fieles portan durante la noche. Intercede por todos los higuereños que caminen en la oscuridad. Enséñanos a permanecer pacientes, como tú. Muéstranos el camino hacia la luz, hacia tu hijo Jesús, sabiendo que algún día resucitaremos con él para la otra vida.

Hermanos costaleros, no dejéis de mecerla, que parece que le alivia el dolor al igual que a nosotros, de niños, nos mecían nuestras madres. En algún balcón, algún paisano querrá cantarte lo que le sale del corazón. Vosotros nazarenos, alzad vuestros cirios encendidos y con ellos los de todo un pueblo, que quiere aportar sus luces, para que no se vea que ya ha caído la noche, ya que pronto, en tres días, se encenderá la verdadera luz que trae la paz. ♪

Antiguamente sólo podían procesionar como nazarenos los hombres, era la tradición. Recuerdo cuando comenzaron las mujeres, no se les permitía, pero se incorporaban. Era en el momento de finalizar la procesión y descubrirse el capirote, cuando te percatabas de que era una mujer. Fueron ellas las que precipitaron su aceptación, ¿Qué motivo había para que no pudieran procesionar? Y gracias a ellas también que las procesiones se siguen celebrando.

Precisamente, en la procesión del Santo Entierro hasta el sepulcro, que aquí se celebra el Sábado Santo, sólo asistían los hombres, al igual que solo los hombres acompañaban a las familias del fallecido hasta el cementerio.

Esto hacía que fueran menos concurridas que las anteriores. Recuerdo de joven, cuando la procesión pasaba por la puerta de nuestra casa y yo no asistía, mi madre se acercó y me dijo que fuera rápido a la procesión porque el Señor iba muy solo y me incorporé avergonzado a la misma.

Un par de veces, tuve el honor de portar a Jesús en la procesión del Santo Entierro, pero me quedo con la espinita clavada de nunca haber participado como costalero. Pero, Jesús de la Humildad, te agradezco enormemente que me permitieras portarte algunos metros en aquella histórica procesión del 14 de septiembre de 1993, en la que conmemoramos la procesión que se celebró el 14 de septiembre de 1693, con el traslado definitivo de tu bendita imagen desde la

humilde ermita de San Bartolomé hasta este maravilloso templo.  
¡Gracias Jesús!

A pesar de los esfuerzos humanos para celebrarlo con todo el esplendor que te mereces, quisiste salir como tú eres, humilde, en una tarde gris y casi a oscuras, al igual que quisiste nacer, en un humilde pesebre.

Llegado este punto, quiero hacer un inciso y agradecer públicamente a esta Ilustre Hermandad, a los sacerdotes y a todos aquellos fieles que, desinteresadamente y en cumplimiento de la TRADICIÓN que han recibido, acercan las sagradas imágenes a las puertas de las casas de aquellos vecinos ancianos, enfermos o impedidos, que no pueden desplazarse a nuestros templos. Seguro que el mirar a los ojos de Jesús y María les reconforta e infunde luz y esperanza a sus vidas. A todos los que lo hacéis posible, Dios os lo recompensará.

En nuestra casa hay habitaciones arriba, abajo, conforme ibas creciendo y las necesidades de la familia iban cambiando te quedabas en una u otra. Recuerdo de pequeño, en la noche del Sábado Santo al domingo, mi abuela se quedaba en la habitación de enfrente y estábamos acostados, pero no dormidos. A las doce de la noche comenzaron las campanas a repicar con mucha alegría y mi abuela me dijo: “niño, ya ha resucitado el Señor.” Aquello me sorprendió mucho, después de tantos días de sufrimiento, cómo podía ser. Qué misterio tan grande, el de la resurrección, para la mente de aquel niño que fui.

“¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado.” (Lc 24,5)

Sí, es cierto, nuestro Dios no es de sufrimiento y muerte, sino de resurrección y gloria. ¡Que se raje el velo del templo de arriba abajo, que tiemble la tierra, que ardan las campanas! Cantemos todos con voz en grito ¡Gloria, Gloria, Aleluya! porque ¡Jesús Resucitó.! Ahora lloremos, sí, pero de alegría. Serán las carreras de los apóstoles hasta el sepulcro vacío, el reencuentro de María con su hijo y se decretarán cincuenta días de Pascua.

Reconozco que yo mismo también me he salido de la iglesia después de presenciar rajarse el telón, son etapas de la vida que se van cumpliendo, hay que ser pacientes con todos, cada uno debe atravesar su propio desierto en el camino de la Fe.

Quisiera que mis últimas palabras fueran dirigidas a los jóvenes de Higuera la Real, en los que se depositará toda la Tradición, que a su vez nosotros, hemos recibido de nuestros mayores. Acercaos a Jesús de la Humildad, esta imagen bendita que veneramos, que lleva más de 400 años en nuestro pueblo y que representa a Jesús en el Sagrario, al que adoramos.

Empapaos de las tradiciones a través de nuestra Parroquia y las distintas hermandades. Como decía el Papa Benedicto XVI: “Remar Mar Adentro” en el conocimiento de las verdades de la Fe. El mismo Jesús nos dijo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie puede llegar hasta el Padre, sino por mí.” (Jn 14, 6) y también: “Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá” (Mt 7,7). En este camino no estamos solos, a nuestro lado se encuentra nuestra madre, la Virgen María, que meditaba todas estas cosas en el corazón.

♪ Jesús de la Humildad, Rey de Higuera la Real, que quisiste reinar con una corona de espinas, haznos dignos de recibir el Espíritu Santo como lo recibieron los apóstoles en Pentecostés. Haz que tu pueblo sea un faro de Fe, no solo en la comarca sino en todo el mundo. Quítanos nuestro corazón de piedra y danos un corazón de carne, que digan de nosotros como decían de los primeros cristianos: “mirad cómo se aman.”

SANTÍSIMA VIRGEN, intercede por todos nuestros antepasados, que algún día contemplaron vuestros resplandecientes rostros en este sagrado templo y que ya no nos acompañan. Hazles dignos de poder contemplar cara a cara a tu hijo Jesús resucitado. ♪

Os invito a vivir la presente Semana Santa con fervor, como la Virgen María, guardando todas estas cosas en el corazón.

Dice el Señor: “Os aseguro que el que cree, tiene vida eterna”. (Jn 6 47)

Y esta es la Fe que profeso, la que me transmitieron mis padres.